

¿Jóvenes que cuidan? Un análisis de las prácticas de crianza y cuidado de padres jóvenes varones de un barrio popular del Gran La Plata

Cintia Hasicic (IGG-UBA-CONICET) - cintiahasicic@yahoo.com.ar

Palabras Clave: cuidados- juventudes- paternidades

Introducción

El estudio de las paternidades juveniles es un tema emergente en el área de las Ciencias Sociales. La inclusión de los varones en temas vinculados a la salud reproductiva y cuidados fue creciendo paulatinamente y de manera indirecta, a partir de investigaciones feministas centradas en la familia y la maternidad.

En varios países de América Latina, la concepción y la crianza de los/as hijos/as son aún experiencias atribuidas a las mujeres que incluyen discretamente al padre. Sin embargo, recientes estudios (Levtov, 2015; Sarkadi, 2008) señalan la importancia y la necesidad del involucramiento masculino en el cuidado infantil, además del propio deseo de algunos varones de participar de las decisiones y de la división de las tareas domésticas, destacando que su participación en el cuidado es clave para alcanzar la equidad de género.

En el marco de nuestra investigación doctoral sobre paternidades juveniles en barrios populares, en esta ponencia presentamos algunos hallazgos y reflexiones sobre las prácticas de cuidado que desarrollan los jóvenes varones en sus hogares del universo estudiado, a partir de su propio testimonio. Nos interesa conocer sus prácticas domésticas cotidianas, la distribución de tareas, los arreglos familiares, como también las decisiones sobre el cuidado de los hijos/as y la conciliación entre el trabajo y su familia. Entendemos que estas prácticas se encuentran íntimamente ligadas al ejercicio de la paternidad y recuperar estas dimensiones permitirá profundizar nuestra comprensión sobre las posibles formas que asumen las paternidades juveniles en estos contextos. Con ese propósito, realizamos 40 entrevistas semi-estructuradas a jóvenes padres¹ residentes de un barrio popular del Gran La Plata, Buenos Aires, durante el período 2013-2015.

Jóvenes y cuidados

La situación de la población joven con responsabilidades de cuidado² adquiere un lugar destacado para pensar trayectorias de inclusión social, teniendo en cuenta especialmente la debilidad de las políticas

¹ Los nombres de los entrevistados han sido cambiados para preservar su identidad, así como la de sus hijos/as

² Definimos al cuidado como el conjunto de “aquellas actividades y relaciones orientadas a alcanzar los requerimientos físicos y emocionales de niños y adultos dependientes, así como los marcos normativos, económicos y sociales dentro de los

públicas para proveer respuestas integrales. La escasa infraestructura pública de cuidados³ destinada a la primera infancia, refuerza el rol de las familias y las mujeres e impacta en las trayectorias educativas y laborales de los jóvenes (De León, 2016). Así, las familias de estratos socioeconómicos más altos terciarizan parte o toda la responsabilidad del cuidado a través de la contratación de ayuda doméstica o de servicios privados, mientras que las de menores ingresos recurren a “mecanismos adaptativos” (comparten intergeneracionalmente las tareas de cuidado o retiran la participación de las mujeres en el mercado de trabajo) que incrementan su vulnerabilidad (Filgueira, 2007; CEPAL, 2009).

La Encuesta Nacional de Juventud (ENJ, 2014) indica que el 29 % de los/as jóvenes entre 15 y 29 años en Argentina tiene hijos a cargo. De este modo, casi 4 de cada 10 tiene responsabilidades de cuidado, especialmente de niños/as (el 34% de los jóvenes cuida niños habitualmente, dentro o fuera de su propio hogar y un 3% a ancianos). Sin embargo, este diagnóstico destaca una diferencia de género importante: mientras el 24% de los varones jóvenes realiza actividades de cuidado, este porcentaje aumenta a 48% en el caso de las mujeres (ENJ, 2014).

Dicha encuesta también destaca que las actividades de cuidado tienen una incidencia mayor entre los jóvenes provenientes de hogares de bajos ingresos. Así, el 44% que vive en hogares de bajos ingresos realizan actividades de cuidado, mientras que en hogares de sectores medios asciende a 26%. Sin embargo, la mayor diferencia se produce en el grupo de jóvenes que no estudia, no trabaja, ni busca trabajo y se encuentra en el estrato de ingresos del hogar más bajo: lejos de estar ocioso, este grupo se dedica a cuidar a otras personas.

De esta forma, el impacto de las obligaciones de cuidado sobre la situación laboral de los/as jóvenes es contundente: 1 de cada 4 jóvenes no trabajaban (al momento de realización de la encuesta) por sus obligaciones familiares (23,8%); aunque este motivo es manifestado mayormente por las mujeres, donde el 36,2% declararon no hacerlo por esta causa. Asimismo, el 10,6% de las mujeres no trabajaron por embarazo o maternidad (ENJ, 2014).

Lo más destacable, sin dudas, es el obstáculo que representan las responsabilidades de cuidado para sostener la presencia en el mercado de trabajo o el estudio. Poco más de 3 de cada 10 jóvenes que cuidan

cuales éstas son asignadas y llevadas a cabo” (Daly y Lewis, 2000). Siguiendo a Batthyany (2004), en tanto producción de bienes y actividades que permiten a las personas alimentarse, educarse, estar sanas y vivir en un espacio propicio, el cuidado abarca tanto la dimensión material que implica un trabajo, el cuidado económico que implica un costo y el cuidado psicológico que implica un vínculo afectivo. Por otra parte, la especificidad del trabajo de cuidado es la de estar basado en lo relacional, ya sea en el contexto familiar o por fuera de él. En el marco de la familia, su carácter a la vez obligatorio y percibido frecuentemente como desinteresado, le otorga una dimensión moral y emocional (Batthyany, 2013).

³ La organización social del cuidado refiere a la manera en que las familias, el Estado, el mercado y las organizaciones comunitarias de manera conjunta, producen y distribuyen cuidado (Pautassi y Rodríguez Enríquez, 2014). En las sociedades modernas capitalistas, la familia ocupa un lugar central en esta organización, lo cual permeó el modo cómo se estructuraron los sistemas de protección social en América Latina, que asumieron que el “cuidado” se trataba de una cuestión privada, de la cual tiene que encargarse la familia. Actualmente, los cuidados no constituyen un componente de los sistemas de protección social en la región.

niños dejó de trabajar, de estudiar o tuvo que trabajar menos horas para realizar esta tarea. Mientras entre las mujeres se traduce en 42,1%, la proporción de varones asciende a 12,9%

Ahora bien, ¿qué es lo que sucede con los varones y el cuidado? En sintonía con estos datos, pero desde una aproximación cualitativa, en nuestra investigación encontramos que los sujetos entrevistados adoptan, en general, una postura “colaboradora” en relación al cuidado. Esto implica que *ayudan* a sus parejas en los hogares, pero la responsabilidad principal es casi exclusiva de las mujeres. No obstante, en un número significativo de casos hallamos que las tareas en el hogar son asumidas de manera más equitativa, aunque cercanas a lo que podríamos denominar “cuidados periféricos”, entre los que se destacan los *lúdicos* (deportes o juegos) y también los *administrativos* (llevar a los hijos/as al centro de salud, retirarlos de los jardines de infantes, hacer un trámite o certificados como la AUH). En este sentido, es llamativa la rigurosidad que algunos jóvenes manifiestan respecto a la atención médica de sus hijos/as, teniendo en cuenta que casi la totalidad de los entrevistados no recuerda haber asistido a un establecimiento médico por controles o aplicación de vacunas. Incluso uno de los casos –como el de Fernando– expresa no tener libreta sanitaria. La mayoría de los jóvenes asistieron solo en situaciones concretas de urgencia (sutura de brazos, cabeza, quebraduras o esguinces, fiebre muy elevada).

Es preciso introducir, sin embargo, una diferencia temporal y de género en el cuidado (al menos en nuestro universo de estudio): si se trata de hijos recién nacidos, bebés (menores al año) ó de niños; como también en hijos varones o mujeres.

En el primer caso, y especialmente los meses iniciales de vida, hallamos que los jóvenes entrevistados no encuentran un lugar en el cuidado. Más allá de las razones biológicas que caracterizan ese momento vital, que centra la atención en la relación madre-bebé, estos expresaron sentirse “raros”, “perdidos”, “que no sabían bien qué hacer”. En ese sentido, no colaboraban y quedaban “autoexcluidos” de ese proceso, aunque muchos se encontraran familiarizados con estas tareas, por el cuidado de hermanos menores o sobrinos previo a su paternidad:

“Los primeros días, mi mujer se encargaba de las cosas del bebé y yo la ayudaba con lo que podía. Cambio pañales porque me crié con mis sobrinos, o sea, ayudé a mi hermana a criar a mis sobrinos, entiendo de esas cosas. Pero en ese entonces no me salía el papel de padre. Era como que ella le cambiaba los pañales y yo me quedaba como... raro, y te digo más, no lo quería alzar hasta que cumpliera dos meses por miedo a que lo lastimara, como era tan chiquito y yo era muy bruto. Por ejemplo, ahora tiene cuatro meses y ya se acostumbró a la brutalidad, cómo juego a lo bruto. Cuando el bebé tenía dos meses sin querer lo mordí. No me di cuenta de la fuerza y lo dejé llorando. Era como algo delicado que no lo podía tratar bruscamente. Pero cuando [mi pareja] me dice “amor hace esto”, lo hago. Para llevarlo a la salita, vamos los dos pero si es por ejemplo darle la vacuna, de las tres que tiene que tener, habré faltado una”. (Francisco, 19 años, 1 hijo)

Un dato interesante es que los jóvenes entrevistados construyen una relación de cuidado diferente entre sus hijos varones o mujeres. Respecto a los primeros, los jóvenes se mostraban más entusiasmados e

involucrados en su crianza, incluso algunos manifestaron llevarlos consigo a sus trabajos, en el caso que lo tuvieran, para mostrarles “lo que hacían”. Además, expresaron pasar más tiempo con ellos, jugar a la pelota y otros juegos como “la luchita”⁴, en los cuales podían emplear más fuerza sin preocuparse por lastimarlos. En contrapartida, el cuidado de las hijas mujeres quedaba preferentemente en manos de sus parejas, dado que debían ser tratadas con mayor delicadeza, entre las mismas mujeres, y que no podían apelar ni compartir los mismos juegos. El baño, el cambio de pañales o vestimenta tampoco es compartido con sus hijas, expresando que al realizar alguna maniobra pudieran lastimarlas, o generar algún conflicto al entrar en contacto con ellas por ser varones, más allá de que sean sus padres.

En los relatos de los jóvenes, también observamos que para ellos tener un hijo varón posee un valor superior a que sea mujer, como continuadores de un legado familiar, responsables de la descendencia y el reconocimiento ante los demás.

“Cuando nacieron los nenes, yo cambiaba los pañales, todo, los bañaba. A Bruno, a la nena no. Las nenas con las nenas y los nenes con los nenes. Yo bañaba a Bruno. “*A vos que te bañe tu mamá*”, le decía a mi hija. Vos sos nena, con la mamá. Estaba mi sobrina acá [en casa] también, “vamos a bañarla”, “¡no!, bañala vos”. Es que las nenas se tienen que bañar con las nenas, ¿cómo vas a estar bañando vos a las nenas?

E:-¿Y sentiste lo mismo cuando nació Bruno que María?

R:-¡No! Bruno es otra cosa. El varón, ¡era varón! El varón es todo.

E:-Ah, entonces ahora que viene [está por nacer] otro varón, ¿estás más contento?

R:-¡Sí! ¡Los dos varones! Que sea como yo, así le puedo enseñar todo lo que sé de mecánica, de autos.

E:-Pero María también puede aprender algunas cosas, ¿o no?

R:- No, no necesariamente. Te rompe todo, te tira todo, no quiere armar nada. No le gustan esas cosas a ella. (José, 20 años, 3 hijos)

“Queríamos tener un varón. Y para un hombre tener su primer hijo varón, no sé tal vez queda como machista pero para mí es, qué sé yo, es tu *generación* (sic). Vos decís, el día de mañana o tus nietitos van a ser tal, van a llevar tu apellido. En cambio la nena, vos le ponés tu apellido y después cuando ella tiene tus nietos, no van a ser tu descendencia. Se corta ahí. En cambio, yo veía que si tenía un varoncito, ya iba a tener descendencia. Si me decía mi señora, “vamos a ponerle mi apellido”, yo le digo que no. Yo la quiero reconocer como el papá. Es mi apellido”. (Alejo, 19 años, 2 hijos)

En relación a la experiencia con sus propios padres, los jóvenes afirmaron que “cuidan más” y de otro modo a sus hijos. Al menos la mitad de los entrevistados no conoció a su padre biológico y adoptó un *padre de crianza*, definido por ellos mismos, al que consideran como el padre en sentido estricto. La presencia o ausencia/abandono es lo que determina ese rótulo. Aquellos que tuvieron a su padre presente en sus hogares, expresaron que el ejercicio de la violencia (especialmente los castigos físicos) era parte cotidiana de su crianza, aunque no pueden explicar el por qué. Esto resulta llamativo, ya que la violencia

⁴ Es un juego de manos entre uno o más participantes en el cual se simula “pegar” trompadas y patadas a un oponente. Hace alusión a un ring de boxeo, de ahí deviene el nombre.

no es naturalizada; es denunciada, aunque sí es legitimada. En este aspecto en particular, se reconocían muy diferentes con sus hijos: la violencia física no es aceptada en su estilo de crianza y tampoco tolerada en otros amigos o vecinos jóvenes que tengan hijos.

“Yo no entendía por qué mi viejo me trataba tan mal. Me agarraba con una manguera y me dejaba todo marcado. Por ahí me iba a cazar a pajaritos con los pibes del barrio. ¡Todas esas cosas que hace uno de chico! Y mi viejo me llamaba ¡Alan! Cuando llegaba [a casa], ya me mataba a palos. Me agarraba con la manguera, tenía un cable de esos de antena y me arruinaba. Mi vieja siempre se peleaba porque mi viejo era muy bruto para educarnos. No se medía una vez que se *encarnecía* [sic]. Con mis hermanas tan así no era. Pero cuando se enloquecía, no le importaba nada. Si mi vieja no nos sacaba, hoy en día capaz... Yo lo amo a mi viejo, no tengo rencor, fue su forma de educarme y ya está yo lo tomo así y a veces le agradezco “*gracias viejo por los valores que me diste, por la educación que me diste, te agradezco*”. Tal vez no fue la manera, yo no lo hago con mis hijos, pero te lo agradezco. Y para mí es eso, que yo nunca lo vi a mi viejo borracho, nunca me enteré. He conocido gente en la calle que lo conocía a mi viejo de pibe, nunca me enteré que se drogó, me dijeron “Tu viejo, un tipazo”, “tu viejo, mirá que nosotros le ofrecíamos [droga], tu viejo nunca agarró nada, un tipazo, un laburador, laburador de la casa, nunca le pegó a tu mamá, nunca” y así”. (Alan, 23 años)

De este modo, se pueden establecer algunos puntos de continuidad y ruptura en las prácticas de cuidado que responden a un modelo tradicional o hegemónico de paternidad con otros emergentes⁵ (Bonino, 2003) que critican, se distancian o reconfiguran algunas de sus dimensiones anteriormente aceptadas.

III. Nadie cuida como la familia

En relación a la externalización de los cuidados, es decir, aquel por fuera del hogar, no es posible conocer la proporción de niños y niñas que concurren a un establecimiento de cuidados cuyos padres sean jóvenes. Coincidimos con De León (2016) cuando señala que dada la baja cobertura de este instrumento de política, sería lógico pensar que existe un porcentaje importante de población joven con hijos que no tiene asegurado un espacio público de cuidado.

En el caso de la localidad del barrio analizado (Los Hornos), observamos que las únicas instituciones establecidas para niños de hasta 5 años son algunos jardines de infantes de gestión pública que, en modalidad de jornada simple, los reciben a partir de los 3 años. No visualizamos jardines maternos ni comunitarios, centros de desarrollo infantil (CeDI) o guarderías públicas (las escasas que existen son de gestión privada). Recién a partir del mes de abril de 2017, se logró la apertura de un jardín maternal provincial (Jardín Maternal N°4)⁶ a raíz de la presión ejercida por un movimiento de vecinos

⁵ Para R. Williams (1997:145) lo ‘emergente’ abarca los nuevos significados y valores, nuevas éticas, nuevas relaciones y tipos de relaciones que se crean continuamente como aquellos elementos que son alternativos o de oposición. Reconoce que es extremadamente difícil en muchos casos distinguir en el análisis los elementos nuevos, porque pueden constituir una nueva fase de la cultura dominante, de aquellos que son específica y claramente alternativos, es decir, de oposición a un sistema dominante.

⁶Ante la apertura del Jardín Maternal, el diario vecinal tituló: “Este día (27 de abril de 2017) marca un antes y un después en la Historia Educativa de Los Hornos y la región. Abrió sus puertas a la comunidad el Jardín Maternal N° 4 dependiente de la

autoconvocados “Ensanche Av.66 Los Hornos”, que viene reclamando su construcción e inauguración hace aproximadamente 12 años. Es el primer jardín maternal creado por fuera de la capital provincial (en La Plata existen actualmente 3 establecimientos públicos) y el primero en ser construido para tales fines. Al margen de este espacio, en la localidad de Los Hornos no existen lugares alternativos al hogar para el cuidado de niños menores de 3 años que no sean jardines de infantes.

No obstante a esta demanda colectiva, no visualizamos en los testimonios de varones la articulación de una petición concreta de un jardín maternal. Rara vez señalaron la necesidad o deseo de contar con instituciones públicas alternativas al cuidado doméstico y familiar. El cuidado como tal continúa siendo percibido como una responsabilidad de la esfera privada, doméstica, familiar; mientras que los ámbitos públicos, en especial los jardines de infantes, son vistos como espacios exclusivamente educativos.

En los relatos apreciamos que la decisión de la externalización del cuidado entre las parejas pocas veces es negociada o acordada. Una y otra vez se aluden a las imágenes de género tradicionales que establecen que las mujeres son quienes deben cuidar a sus hijos, especialmente si estos son aún bebés. Como indica Faur (2014), existe una “ideología maternalista”, heredera del modelo de provisión masculina/cuidado femenino que define a la madre como mejor cuidadora posible de la familia o como “cuidadora ideal”, que se encuentra presente en los relatos de los jóvenes, como también en las diversas instituciones de salud o públicas en general que transitan.

“A ninguno de los dos nos gustan las guarderías. Los dos tenemos el mismo pensamiento: nadie la va a cuidar [a nuestra hija] como la cuidamos nosotros. O como la cuida la familia. Entonces tenemos ese pensamiento y a veces si salimos la dejamos con mi mamá o con la mamá de ella” (Guillermo, 18 años)

“No, no, por ahora mientras yo lo pueda mantener [al hogar] prefiero que se quede [mi pareja] tranquila en mi casa y no que salga a la mañana a cagarse de frío, no se tenga que mojar, prefiero hacerlo yo y que mis hijos estén con la madre. Sé lo que es no tener la mamá. Que se críen con la madre y estén con la madre” (Fernando, 20 años, 2 hijos)

Sin embargo, son destacables los testimonios de Alan y Eugenio. Si bien coinciden parcialmente con la postura de *madre como cuidadora ideal*, ambos consideran al cuidado de los hijos/as como un trabajo. Eugenio, incluso, manifiesta que este debiera ser remunerado económicamente, es decir, contemplarse como cualquier empleo extra doméstico.

“Tuvimos un acuerdo con mi señora. Le dije: “Yo no te voy a pedir que vos trabajes ni nada, te vas a quedar en la casa”. Lo único que quiero es que, porque las hermanas de ella, sí trabajan. Por ahí es mejor para la economía de la casa pero tenés descuidado a tu hijo, por ahí no sabes con quién lo dejás y todas

DGCyE de la Provincia de Buenos Aires, primero fuera del centro de la ciudad, único por haber sido concebido y construido específicamente a tal fin. Los Jardines Maternales N° 1,2 y 3 son casas adecuadas y remodeladas para ser utilizadas como Jardines. Gracias al Grupo de “Autoconvocados Ensanche Av.66 Los Hornos” que desde 2004 ha luchado juntos y por los vecinos”.

esas cosas. Por ahí a tu hijo no le podés dar la educación más o menos entre los dos, viste. Y yo le dije “vos quedate en casa, cuidá los nenes y hacé los labores de la casa, ese es tu trabajo”.

E: ¿Vos consideras eso como un trabajo?

e: Yo considero eso como un trabajo. Yo le decía, vos querés trabajar, trabajá en la casa. Tu trabajo es cuidar bien a los nenes. (Alan, 23 años 3 hijos)

“El padre puede pensar que tiene que trabajar, tiene que romperse el lomo, ¿no? pero la madre estando en la casa también tiene que romperse el lomo, pero de otra manera: estando con el bebé, haciendo las cosas de la casa. Es todo un trabajo eso, no sé por qué no les pagan [a las mujeres] por ser amas de casa, porque es un re bondi” (Eugenio, 19 años, 1 hijo)

El temor a dejar a los hijos al cuidado de otras personas que no sean sus madres o algún familiar cercano o de confianza, también es un motivo que refuerza el *maternalismo*, impidiendo que el mismo se socialice. Las noticias en los diarios o en la televisión, como también experiencias negativas de personas conocidas o cercanas sobre guarderías en donde los niños son maltratados o ignorados, alimentan esta ideología que ubica a las mujeres como cuidadoras innatas.

Otra razón que opera en las decisiones de cuidado es la económica. Es decir, la idea de sopesar el costo que implica el cuidado extra doméstico, lo que se traduce en un repliegue de las mujeres, principalmente, en los hogares ante la salida “inconducente” al mercado de trabajo. En este sentido, se organiza una estrategia familiar que pueda articular el ingreso (secundario) de dinero con la atención de los hijos.

“Mi señora no trabaja. Quiere laburar, le había puesto un kiosco en mi casa. Después el kiosco no caminaba, no funcionaba, así que lo cerramos. Vendía productos de belleza, siempre tratando de ayudarme. Pero más allá de que me decía “yo quiero salir a trabajar”, está todo bien, vos salís a trabajar, ponele que ganás 4 lucas, tenés que pagar la niñera, una persona que lo venga a cuidar, vas a tener que trabajar para pagarle a otra persona. Entonces es mejor que se quede en casa” (Fernando, 20 años).

De este modo, podemos visualizar que la responsabilidad principal del cuidado de los hijos, recae en la mayoría de los casos que analizamos, en las mujeres o en familiares muy cercanos (madre, suegra, cuñada, vecina), preferentemente mujeres. Sin embargo, lejos de pensar que este cuidado se basa únicamente en un acto de solidaridad, este es remunerado entre familiares. Se produce lo que Faur (2014) denomina una “microeconomía del cuidado”: la persona que queda a cargo de familiares (por ejemplo, sobrinos) participa en una estrategia tendiente a aliviar su propia situación de pobreza, en un contexto difícil para emplearse. Así, obtiene una retribución por una “contraprestación” al realizar el trabajo.

“Mi mujer tenía que cuidar a la nena [sobrina] para que la hermana empiece a laburar, de ahí le iba a dar plata también. Entonces la hermana de ella se va a laburar y mi señora se queda con la nena [propia] y las otras nenas, las sobrinas vendría a ser, y las cuida a las sobrinas y a la hija también” (Federico, 21 años)

Cabe destacar esto último, ya que nos lleva a reflexionar que la actividad de cuidado, como sosteníamos anteriormente a partir de los relatos de los jóvenes, posee un valor y que se retribuye económicamente

como tal. Comas d'Argemir (2016) plantea que la valorización del trabajo de cuidado consiste en un primer paso para la construcción de relaciones más equitativas al interior de los hogares, pero también, como un trabajo que puede ser comparado y equiparado al trabajo extra-doméstico. Asimismo, lo visualiza como una estrategia para incorporar a los varones al cuidado.

Vinculado a la esfera laboral, no registramos “tensiones” en los testimonios. Nos referimos a que los jóvenes no manifiestan mayores alteraciones o cambios con sus trabajos a partir del nacimiento y crianza de sus hijos, principalmente. No observamos “tironeos” ni preguntas acerca de cómo se reorganizará su trabajo en función del hijo/a, o planteos como regresar antes de sus trabajos para estar más tiempo con los hijos/as en el hogar.

Ante la posibilidad que sus parejas busquen y consigan un empleo, y que los entrevistados sean los encargados principales del cuidado de sus hijos, encontramos cierto consenso que denota incomodidad con la situación hipotética planteada. Además de la fuerte concepción que las mujeres deben criar a sus propios hijos, especialmente en los primeros meses de vida, términos como “mantenido”, “vago”, “mujer/mamá”, “estar encerrado”, son puestas al mismo nivel para definir sus sensaciones al quedar como responsables centrales del cuidado. La realización de la situación hipotética aparece con mayores posibilidades cuanto más grandes son los niños y por tanto, no se identifica un cuidado de carácter intensivo u omnipresente. A pesar de esta aceptación, el trabajo (extra-doméstico), en la mayor parte de los casos, parece definir a los varones y no podrían renunciar a él.

Si tu mujer empezara a trabajar y vos te tuvieras que quedar con Ana en tu casa, ¿qué pensarías?
Me sentiría incómodo, pero estaría bueno. No sé, [yo] sería como la mamá y el papá a la vez (Ramón, 22 años, 1 hija)

Como pudimos observar, la “ideología maternalista” se encuentra no solo en los relatos de los jóvenes que entrevistamos, sino que es apuntalada por imágenes y discursos que operan desde las propias políticas sociales y las instituciones públicas de cuidado (que se destacan por su ausencia), retroalimentándose mutuamente. A su vez, la baja institucionalidad del jardín maternal legitima la escasez de provisión pública y gratuita, mientras que el relativo vacío de la oferta estatal no estimula la mercantilización del servicio y, en última instancia, impacta sobre la desigualdad social, en la medida en que los niños/as más pobres son los/as que menos oportunidades tienen de asistir a jardines maternales, recargando la responsabilidad exclusiva del cuidado en los hogares.

Palabras Finales

Las responsabilidades de cuidado impactan fuertemente en las posibilidades de integración social de los jóvenes. Los sujetos entrevistados desarrollan prácticas de cuidado, en su mayoría, de

colaboración con sus parejas, aunque podemos observar casos en los cuales las tareas se organizan de un modo más equitativo. Comparativamente, los jóvenes que conocieron a sus padres admiten que “cuidan más” y de otra forma a sus hijos/as, condenando el empleo de castigos físicos. La preferencia del cuidado de los hijos varones sobre las hijas mujeres, es un dato llamativo que inaugura un proceso de desigualdades dentro del hogar.

Sostenemos que estos jóvenes realizan ciertas prácticas de cuidado, pero dentro de las dimensiones que definimos como lúdica/administrativa o pautada; en tanto que la responsabilidad principal del cuidado, en última instancia, continúa centrado en las mujeres de manera transversal u omnipresente, en tanto son consideradas cuidadoras innatas.

La falta de servicios de cuidado de primera infancia, especialmente de oferta pública y en estos contextos, refuerza y reafirma la ideología maternalista, lejos de volverse un instrumento de distribución de cuidado y equidad de género en los hogares.

Referencias Bibliográficas

- Aguayo, F., Barker, G. y E. Kimelman, E. (2016), Paternidad y Cuidado en América Latina: Ausencias, Presencias y Transformaciones, *Masculinities and Social Change*, 5(2), 98-106. doi:10.17583/MCS.2016.2140
- Batthyány, K. (2004), Género, cuidados familiares y usos del tiempo
- Bonino, L. (2003): “Las nuevas paternidades”, en Cuadernos de Trabajo Social, 16, p.p. 171-182. Madrid, CTS-UAM.
- Daly, M. y Lewis, J (2000), The concept of social care and the analysis of contemporary welfare states, Medline Plus.
- D’Argemir Cendra, Dolores Comas (2016), Hombres cuidadores: Barreras de género y modelos emergentes. *Psicoperspectivas*, 15(3),10-22. <https://dx.doi.org/10.5027/psicoperspectivas-Vol15-Issue3-fulltext-750>
- De León, Gimena (2017) Jóvenes que cuidan: impactos en su inclusión social, Documento de trabajo N° 158, CIPPEC.
- Faur, L. (2014), “El cuidado infantil en el siglo XXI: mujeres malabaristas en una sociedad desigual”, Siglo Veintiuno Editores.
- Levtov, R., Van der Gaag, N., Greene, M., Kaufman, M., and Barker, G. (2015). State of the World’s Fathers: A MenCare Advocacy Publication. Washington, DC: Promundo, Rutgers, Save the Children, Sonke Gender Justice, and the MenEngage Alliance
- Rodríguez Enríquez, C. y Pautassi, L. (2014) “La Organización Social del Cuidado de Niños y Niñas. Elementos para la construcción de una agenda de cuidados en Argentina”. Buenos Aires: Equipo Latinoamericano de Justicia y Género- ELA
- Sarkadi, A., Kristiansson, R., Oberklaid, F. and Bremberg, S. (2008). Fathers’ involvement and children’s developmental outcomes: a systematic review of longitudinal studies. *Acta Paediatrica* 97, 153–158. Retrieved from <http://www.ncbi.nlm.nih.gov/pubmed/18052995>
- Williams, R. (1997), Marxismo y literatura. Barcelona, Península.